

«Luisín» y Ricardo no hicieron novillos

FULGENCIO FERNANDEZ

Los hermanos Panero y la presencia de Alonso Luengo centraron buena parte de las ponencias de la primera jornada. Ayer, en la de clausura, los ejes centrales del congreso sobre la «Escuela de Astorga» fueron los otros dos miembros del grupo: Ricardo Gullón (a quien dedicaron dos brillantes ponencias, una documentada y técnica de Darío Villanueva y otra poética y humana de Juan Pedro Aparicio) y Luis Alonso Luengo (de quien habló Germán Gullón, hijo de Ricardo).

Germán Gullón, que se confesó el primer admirador de su padre, le puso una dedicatoria a su ponencia, que decía: «A una pareja de amigos ejemplar, “Luisín” y Ricardo», no hace falta aclarar los apellidos de Alonso Luengo y Gullón para los dos nombres.

El profesor de literatura en California habló de «La ficción de Luis Alonso Luengo», de cuya novela de postguerra afirmó que «su razón de ser reside en que dio vida y reforzó la visión histórica del mundo leonés, un espacio, no lo olvidemos cargado de ayer, de pasado cultural, donde las civilizaciones y modos de vida se superponen, formando un palimpsesto, que solo unos pocos saben descifrar».

Afirmó que no fue, sin embargo, en la postguerra cuando Alonso Luengo comenzó su labor intelectual. «Ya en los años juveniles, junto a los miembros de la Escuela de Astorga, escribiría sobre Astorga, ciudad a la que amaré como ningún otro miembro del grupo».

Al analizar las ficciones de Alonso Luengo se detuvo en «La invisible prisión» (1951) y «La cigüeña del Palacio» (1959). «La trama de estas novelas -afirmó- tiene menor interés que las descripciones que contiene la obra. Y aquí comenzamos a iniciamos en la ascendencia de esta narrativa. Posee una limpia prosapia idealista, heredera directa de la novela romántica, y los nombres que desgrana su historia son los de Pedro Antonio de Alarcón, José María Pereda y Juan Valera. Ninguno de ellos se preocupó en demasía por los argumentos. Otro componente importante de su narrativa es el gusto por lo costumbrista, las descripciones de detalles y hábitos que retratan una manera de vivir».

A pesar de ello, Germán Gullón argumentó que la novela de Alonso Luengo es mucho más que sumar sus modos de hacer idealistas y su gusto por lo costumbrista.

«Le gusta dotar a la realidad de un encanto, ensalzar lo cotidiano, incluso las rutinas de la vida». En este aspecto entroncó la obra de Alonso Luengo con la de escritores que definió como «fabuladores del noroeste»: desde Emilia Pardo Bazán hasta Ramón del Valle Inclán, y ya en León, Antonio Pereira y los de la generación del 68: Luis Mateo Diez, José María Merino y Juan Pedro Aparicio».

Germán Gullón habló de las obras de Luengo como «crónicas de un hombre apasionado por el entorno, que lo reconstruye y vivifica, visto con una estética embellecedora, que compartía con sus hermanos de generación, y con esa energía que poseen las grandes naturalezas».

Quintana quiere ampliar la Escuela

La segunda jornada del congreso sobre la «Escuela de Astorga» comenzó con una ponencia de Augusto Quintana Prieto quien, después de hacer un recorrido histórico por este movimiento literario, presentó una novedosa propuesta, la incorporación de dos nombres a la nómina de la «Escuela». «Eran dos personas muy vinculadas a ellos. Uno era un canónigo de la Catedral, don Melitón Amores, que fue quien les animó, ayudó y empujó a publicar "La Saeta", incluso les hacía aquellos versos que salían debajo del título de la publicación y algunos anuncios, que también eran en verso. Bien es cierto que, cuando Luis, Ricardo, Juan y Leopoldo se marcharon de Astorga ya quedaron desvinculados».

El segundo personaje que pedía que ingresara en la «Escuela» era un jesuita, Alejo Seco Ares. «Se fue de misionero a China pero era amigo y contemporáneo de ellos e, incluso, cuando andaban totalmente desanimados porque tenían que cerrar "La Saeta", les ofreció su colaboración y escribió un poema que literariamente es malo pero muy significativo»

«No se me oculta -reconoce- que mi propuesta resta a la Escuela un poco de intimidad y un mucho de lo que tuvo de juvenil, de ingenuo y de simpático, en sus pases iniciales».

Creativo, rigurosos, comprensible y brillante

El crítico literario Darío Villanueva vino al congreso de Astorga para hablar de «Ricardo Gullón, crítico literario», del que se confesó discípulo y siempre definió como maestro. La ponencia de Villanueva resultó brillante, asequible, cercana y con

un buen número de citas, «aunque el maestro don Ricardo me recomendaba utilizar más citas propias».

Comenzó aclarando que aunque él iba a hablar del crítico literario «no se puede reducir a Gullón a este género de entre su dilatada producción en diversos campos. «No se puede olvidar su faceta de agitador cultural en Santander, su colaboración en la colección "El escritor y la crítica" de editorial Taurus o el mantenimiento durante años de un curso en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander, por citar unas pocas».

En el retrato que hizo de «Gullón crítico y maestro de críticos» señaló la proximidad del fallecido académico a la juventud, «lo que explica su condición de maestro, vitalista, que siempre defendió que la investigación y la crítica son compatibles, al igual que no existen trincheras entre la literatura contemporánea y la pretérita».

Darío Villanueva aseguró que Gullón encarnaba a la perfección el arquetipo de crítico, que es diferente del lector por «el distanciamiento y su independencia de todos los dogmatismos e intereses ajenos a la literatura».

Leyó Villanueva párrafos sacados de obras de Gullón, que ponen de manifiesto una de las principales características del maragato, «su escritura ágil y brillante, verdaderamente literaria. Sus estudios son creativos, rigurosos, comprensivos y llenos de desbordante riqueza».

En una mañana casi dedicada por entero a Gullón y Luengo, Javier Huerta -en ponencia pendiente del jueves- habló de una de las facetas más controvertidas de Leopoldo Panero, la política, a través de textos de su «Canto personal», en contraposición al «Canto general», de Pablo Neruda.

Huerta acabó afirmando que la muerte de Panero truncó una evolución clara hacia posturas antifranquistas, como sucedió con su compañero Dionisio Ridruejo.